



# Eugenio Espejo

MÉDICO DE QUITO DEL SIGLO XVIII

Por Miguel Albornoz

Esta es la evocación de un mestizo nacido en Quito en 1747, que derribó crueles barreras para abrir ventanas de intelecto sobre la obscuridad de la Colonia y preconizó la cultura, la ciencia y la libertad, al precio de la prisión y de la muerte.

El padre, un indio cajamarquino casado con quiteña, administraba el viejo Hospital de la Misericordia donde Eugenio aprendió los primitivos métodos de curar.

Espejo fue un luchador contra corriente, humanista en el ambiente pacato, presumido, difícil de Quito, simple Presidencia de Audiencia con 18.000 habitantes, periódicamente asolada por terremotos, pestes, erupciones y la miseria resultante del desatinado monopolio colonial. Espejo estudió con un fraile betlemita, médico y farmacéutico. Fue al Colegio de San Fernando y se graduó de doctor en Medicina en la Universidad de Santo Tomás de Aquino en 1767; después de prácticas en el hospital, juró el ejercicio profesional en 1772. También se graduó en Derecho Civil y Canónico.

En la supersticiosa Quito las soluciones médicas tenían tinte de magia y escaseaba la higiene. En una gran epidemia de sarampión en 1785, Espejo era uno de los once médicos titulados; un día atendió cerca de mil enfermos, hasta que ya no pudo escribir recetas. A tal epidemia siguió otra de viruelas; escribió entonces sus "Reflexiones" y una cuartilla para prevenir el sarampión donde trataba de persuadir de que una epidemia pestilente no es azote del cielo. Estudió el contagio, preconizó el aislamiento y la limpieza por simple comparación entre el estrago en las ciudades y los campos y recomendó higiene a los niños. Clamaba por la abolición de los expendios de alcoholes y mostos intoxicantes: "en el exterminio de estos licores consiste la salud pública", decía.

Fue médico hasta sus últimas horas. En la cárcel cumplía su misión humanitaria. Rodeado de soldados que llevaban sus grillos, el médico quiteño, macilento y abatido, iba de la obscura y húmeda mazmorra a sus enfermos que lo reclamaban.

Espejo defendió la doctrina microbiana que anunciaba los descubrimientos de Pasteur. Hablaba de "unos corpúsculos tenues", que transmiten las enfermedades. Ya conocía el microscopio que había "descubierto un nuevo mundo de vivientes que se anidan proporcionalmente en todas las cosas". Añadía en 1785: "Si se pudieran apurar más las observaciones microscópicas, aún más allá de lo que las adelantaron Malpigio, Reaumur, Buffón y Needhan, quizás encontraríamos en la incubación, desarrollo, situación, figura, movimiento y duración de estos corpúsculos movibles, la regla que podía servir a explicar toda la naturaleza, grados, propiedades y síntomas de todas las fiebres epidémicas, y en particular de la viruela". Si 70 años más tarde facultades de medicina europea se burlaban de las conclusiones de Pasteur y de Koch, cuáles serían los comentarios de los colegas de Espejo en la conventual y epidémica San Francisco de Quito!

Desde Bogotá, Espejo recomendó una "Escuela de la Concordia" y la tolerancia y comprensión entre las gentes, con una prosperidad que incluyera la agricultura, la industria, el comercio y la minería. Cuando regresó a Quito formó la "Sociedad Patriótica de Amigos del País" y fue su motor y primer secretario. Entonces le nombraron bibliotecario público con los cincuenta mil volúmenes dejados por los jesuitas..

El hombre de ciencia, el reformador y el humanista se lanzó a fundar el periódico "Primicias de la Cultura de Quito", que salió el 5 de enero de 1792. Los siete números de "Primicias" fueron obra casi total de Espejo: redactor y corrector de pruebas, consejero de imprenta y probablemente vendedor. Empezó por explicar qué cosa era un periódico y, sobre todo, una suscripción: a real y medio de plata el pliego. Decía que la prensa "es el depósito del desarrollo intelectual" y buscaba crear un órgano de expresión "de las riquezas del espíritu". Al final del último número decía: "Se continuará". Lo ha hecho todo el periodismo del Ecuador.

El enciclopedista captó los aires de fronda de las revoluciones americana y francesa. Su contacto con los criollos ilustrados y los científicos le movió a apresurar la autonomía de los pueblos de América, Círculo "Retrato de Goylla" que llamaba "Rey de Barajas" a Carlos III y se burlaba de los gobernantes locales. Le enjuiciaron como "reo de Estado, libelista famoso y perturbador de la paz pública". Se le envió a Bogotá para que el virrey revisara el proceso. Allí hizo amistad con Antonio Nariño, Antonio Zea y el quiteño marqués de Selva Alegre, Juan Pío Montúfar.

Una mañana unas banderolas rojas decían en Quito que la libertad traería la felicidad y la gloria; la cruz lo garantizaría. Pero el plan de liberación de las colonias había caído en manos de la Audiencia. El mismo presidente Muñoz de Guzmán apresó personalmente a don Eugenio. El proceso reveló un movimiento republicano. Dados los nombres envueltos, las autoridades concentraron su rigor en Espejo. Once meses de prisión sin luz, y sin libros, con sólo salidas ocasionales a visitar enfermos, acabaron con su salud y su vida. Ya desahuciado fue enviado a morir a casa de su hermana. En su testamento sólo dejó deudas pidiendo a sus acreedores se las perdonasen por amor de Dios. Su cadáver fue registrado en el "Libro de Muertos donde se asientan los mestizos, montañeses, indios, negros y mulatos".

El Municipio de Quito publicó sus obras inéditas hasta 1912 en doce títulos y cuatro volúmenes. Con toda razón para la galería de héroes del Nuevo Mundo en la Unión Panamericana, el Ecuador envió en mármol a Espejo: héroe civil, precursor de la emancipación, médico, científico y periodista.